

Theodore Roszak

EL CULTO A LA INFORMACIÓN

Comunicación
Educativa

COMUNICACIÓN EDUCATIVA

Colección dirigida por
Roberto Aparici

En este nuevo siglo ya no es suficiente la escolarización básica para adquirir competencias sociales e interpretar la realidad. De hecho, niños y jóvenes pasan más tiempo en contacto con la televisión o los ordenadores que en la escuela, por lo que la incorporación a los planes de estudio de asignaturas que favorezcan la *alfabetización audiovisual* permitirá a los estudiantes desarrollar una lectura crítica del discurso de los medios masivos.

Esta colección tiene como objetivo analizar de qué manera el contexto audiovisual y tecnológico condicionarán las formas de aprender y de enseñar a escala local e internacional y se ha de convertir en herramienta imprescindible para estudiantes, docentes, comunicadores, animadores socioculturales, organizaciones no gubernamentales y administraciones que deseen integrar o desarrollar aspectos vinculados con los medios de comunicación y las tecnologías digitales de la información en contextos educativos.

AGUSTÍN GARCÍA MATILLA **Una televisión para la educación**
La utopía posible

ALFONSO GUTIÉRREZ MARTÍN **Alfabetización digital**
Algo más que ratones y teclas

MARIO SILVA **Educación interactiva**
*Enseñanza y aprendizaje
presencial y on-line*

ROBERTO APARICI **Comunicación Educativa**
(próxima aparición)

EL CULTO A LA INFORMACIÓN

*Tratado sobre alta tecnología,
inteligencia artificial
y el verdadero arte de pensar*

Theodore Roszak

Traducción de Jordi Beltran

gedisa
editorial

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
BIBLIOTECA CENTRAL

porque de todos los lenguajes informáticos éste es el que más induce a usar la máquina. Tiene que haber muchas máquinas disponibles para que los estudiantes obtengan el máximo provecho.

Mas, precisamente porque nace de una teoría pedagógica exhaustiva y concebida de una manera ambiciosa, el Logo debería servirnos de advertencia del peligro que representa el ordenador en el aula. Diríase que tal peligro es obvio: una vez en el aula, quizás se emplee el ordenador para enseñar lo que es inherentemente incapaz de enseñar, excepto bajo la forma de una mala caricatura. Puede que en el campo de la ciencia informática haya muchas personas que no reconozcan la existencia de ese peligro. El modelo que tienen del cerebro –un aparato procesador de datos– las anima a introducir el ordenador en todas las áreas del currículum.

Ante esta presión tremenda, ¿qué puede hacer uno salvo recurrir al único principio absoluto de la filosofía de la educación, a saber: *no depreciar jamás?* Cualquier método, cualquier mecanismo, cualquier filosofía pedagógica que deprecie la asignatura que se enseña debe contemplarse con suspicacia y utilizarse con cautela. Un currículum de instrucción informática que aspire a tener la generalidad del Logo corre el riesgo muy real de depreciar áreas enteras de la inteligencia. Cabría albergar la esperanza de que los maestros reconociesen ese riesgo en el aula. Y cabría esperar que, después de reconocerlo, conservaran suficiente autoridad profesional, ante los mercaderes de datos y los entusiastas de los ordenadores, para hablar claramente y trazar algunos perímetros defensivos alrededor de las mentes de los jóvenes.

5

Sobre ideas y datos

Las ideas, primero

Al plantear estos interrogantes sobre el lugar que ocupa el ordenador en nuestras escuelas, no es mi propósito poner en duda el valor de la información en sí misma. Para bien o para mal, nuestra civilización tecnológica necesita sus datos del mismo modo que los romanos necesitaban sus carreteras y los egipcios del imperio antiguo necesitaban la inundación del Nilo. Yo comparto esa necesidad en grado significativo. Como escritor y profesor, debo de formar parte del 5 al 10 por 100 de nuestra sociedad que siente un constante apetito profesional de información actualizada y digna de confianza. Hace ya tiempo que aprendí a valorar los servicios de una buena biblioteca de consulta dotada de un ordenador bien conectado.

Tampoco quiero negar que el ordenador es un medio superior de almacenar y recuperar datos. Nada sagrado hay en la página mecanografiada o impresa cuando se trata de conservar información; si hay una manera más rápida de encontrar datos y manipularlos, somos afortunados por tenerla. Del mismo modo que desplazó a la regla de cálculo como instrumento para calcular, el ordenador tiene todo el derecho del mundo a desplazar el archivador y el libro de consulta, si demuestra que es más barato y más eficiente.

Pero sí quiero insistir en que la información, incluso cuando se mueve con la velocidad de la luz, no es más que lo que ha sido siempre: discretos paquetitos de datos, a veces útiles, a veces triviales, y nunca la sustancia del pensamiento. Ofrezco este concepto modesto y sensato de la información contradiciendo deliberadamente a los entusiastas de los ordenadores y a los teóricos de la información que han sugerido definiciones mucho más extra-

vagantes. En el curso de este capítulo y del siguiente, a medida que vaya desarrollándose esta crítica, mi propósito será impugnar estos esfuerzos ambiciosos por ampliar el significado de la información hasta darle proporciones casi universales. **Creo que ese proyecto no puede tener otro resultado que la deformación del orden natural de las prioridades intelectuales. Y en la medida en que los educadores consienten esa deformación y acceden a invertir mayor cantidad de sus recursos limitados en tecnología de la información, quizás estén perjudicando la capacidad de pensar significativamente de sus alumnos.**

Ése es el gran daño que han causado los mercaderes de datos, los futurólogos y los maestros que creen que la instrucción informática es la ola educativa del futuro: pierden de vista una verdad suprema, a saber: **que la mente piensa con ideas y no con información.** La información puede ilustrar o decorar útilmente una idea; puede, allí donde funcione guiada por una idea contrastante, ayudar a poner en duda otras ideas. Pero la información no crea ideas; por sí misma no las valida ni las invalida. **Una idea sólo puede generarla, revisarla o derrocarla otra idea.** Una cultura sobrevive gracias al poder, la plasticidad y la fertilidad de sus ideas. **Las ideas son lo primero, porque las ideas definen, contienen y finalmente producen información.** La tarea principal de la educación, por tanto, es enseñar a los cerebros jóvenes a tratar con ideas: a valorarlas, a ampliarlas, a adaptarlas a nuevas aplicaciones. Esto puede hacerse utilizando muy poca información, quizás ninguna en absoluto. Ciertamente, no requiere clase alguna de maquinaria procesadora de datos. De hecho, a veces un exceso de información excluye las ideas y el cerebro (en especial el cerebro joven) se ve distraído por factores estériles e inconexos, perdido entre montones amorfos de datos.

Tal vez, antes de proseguir, convenga dedicar cierto tiempo a los fundamentos.

La relación entre ideas e información es lo que denominamos una generalización. Cabría considerar que generalizar es la función básica de la inteligencia; sus formas son dos. En primer lugar, cuando se encuentra ante una mezcla amorfa e inmensa de datos (ya se trate de percepciones personales o de informes de segunda mano), la mente busca una pauta lógica, que conecte unos datos con otros. En segundo lugar, cuando los datos son muy pocos, la mente procura crear una pauta ampliando los escasos datos de que dispone y empujándolos hacia una conclusión. En los dos casos, el resultado es alguna afirmación general que no se encuentra en los datos individuales, sino que les ha sido impuesta por la imaginación. Quizás después de recoger más datos, la pauta se desmorone o ceda ante otra posibilidad más convincente. **Aprender a abandonar una idea inadecuada para adoptar otra mejor, forma parte de una buena educación en lo que se refiere a las ideas.**

Las generalizaciones pueden tener lugar en muchos niveles. En el más bajo, se formulan entre numerosos datos densamente apretujados y obvios. Son generalizaciones cautas, que incluso pueden estar cerca de la insulsa certeza de una perogrullada. En otro nivel, donde la información se hace más escasa y dispersa y los datos son menos nítidos y seguros, tenemos generalizaciones más arriesgadas que adquieren la naturaleza de una conjetura o de una corazonada. En la ciencia, que exige que se dé rigor formal a las corazonadas, es aquí donde encontramos teorías e hipótesis acerca del mundo físico, ideas que están a prueba, esperando más datos que las refuercen, modifiquen o subvertan. Éste es también el nivel donde encontramos el tipo de generalizaciones arriesgadas que podemos contemplar o bien como brillantes muestras de intuición o como prejuicios temerarios, según cuál sea nuestra respuesta crítica: afirmaciones comprensivas que tal vez se proponen como verdades irrefutables, pero que se basan en muy pocos ejemplos.

Así pues, las generalizaciones existen junto a un espectro de información que oscila entre la abundancia y la casi ausencia. Al pasar por ese espectro, alejándonos de un excedente seguro de datos, las ideas tienden a hacerse más inestables, ergo más atrevidas, ergo más polémicas. **Cuando afirmo que en la sociedad humana las mujeres han sido las encargadas del hogar y de los hijos, hago una generalización segura pero poco interesante que abarca gran número de datos acerca de sistemas sociales del pasado y del presente.** Pero supongamos que acto seguido digo: «Y siempre que las mujeres dejan el hogar y abandonan su función primaria de amas de casa, la moral decae y la sociedad se desmorona». **Puede que entonces se me presione mucho para que dé más que unos cuantos ejemplos discutibles de la conclusión que ofrezco. Es una generalización arriesgada, una idea floja.**

En los tests psicológicos de Rorschach se presenta al sujeto una página en la que hay una serie de manchas o formas sin sentido. Las manchas podrán ser muchas o pocas, pero en los dos casos no sugieren ninguna imagen lógica. Luego, cuando uno las ha estado mirando fijamente durante un rato, puede que de pronto las manchas cobren una forma absolutamente clara. Pero ¿dónde está esta imagen? Obviamente, no está en las manchas. El ojo, al buscar una pauta lógica, la ha proyectado sobre el material; ha impuesto sentido a lo que no tiene sentido. De modo parecido, en la psicología *gestalt*, puede que al sujeto se le muestre una imagen perceptual especialmente artificial: una serie ambigua de formas que al principio parece ser una cosa, pero luego parece otra. ¿Cuál es la imagen «verdadera»? El ojo es libre de elegir entre ellas, pues ambas están verdaderamente allí. En ambos casos –las manchas de Rorschach y la figura *gestalt*–, la pauta está en el ojo de la persona que las contempla; el material sensorial se limita a hacerla salir. **La relación entre las ideas y los datos se parece mucho a esto. Los datos son las señales dispersas, posiblemente**

ambiguas; la mente las ordena de una manera u otra ajustándolas a una pauta inventada por ella misma. *Las ideas son pautas integradoras* que satisfacen la mente cuando ésta pregunta: ¿qué quiere decir esto? ¿De qué va esto?

Pero, desde luego, una respuesta que me satisface a mí puede que no satisfaga a otra persona. Ella y yo podemos ver pautas diferentes en la misma colección de datos. Y entonces discrepamos y procuramos persuadirnos mutuamente de que una de las dos pautas es superior a la otra, es decir, hace más justicia a los datos disponibles. El argumento puede concentrarse en tal o cual dato, por lo que parecerá que discrepamos en relación con datos concretos, sobre si realmente *son* datos o sobre su importancia relativa. Pero incluso en ese caso, probablemente discreparemos en relación con las ideas. Porque, como sugeriré más adelante, *los datos mismos son creación de las ideas.*

Los que quisieran dar a la información una elevada prioridad intelectual suelen suponer que los datos se bastan solos para sacudir y derrocar ideas. Pero raramente ocurre así, exceptuando, quizás, en ciertos períodos turbulentos en los que la idea general de «ser escéptico» y «poner en duda la autoridad» flota en el aire y se une a cualquier cosa nueva y discrepante que se presente. Por lo demás, cuando no existe una idea nueva, intelectualmente atractiva y bien formulada, es notable el grado de disonancia y de contradicción que una idea dominante puede absorber. Encontramos casos clásicos de esto incluso en las ciencias. La cosmología ptolemaica que imperó en la antigüedad y durante la Edad Media se había visto comprometida por incontables observaciones contradictorias a lo largo de muchas generaciones. Con todo, era una idea intelectualmente grata y dotada de coherencia interna; así pues, el antiguo sistema era defendido por mentes penetrantes. Cuando parecía haber algún conflicto, se limitaban a ajustar y ampliar la idea, o reestructuraban las observaciones para que encajasen. Si esto resultaba imposible, a veces las dejaban en un «apartadero cultural» a modo de curiosidades, excepciones, monstruos de la naturaleza. El sistema antiguo no fue retirado hasta que se creó una constelación de ideas muy imaginativas acerca de la dinámica celeste y terrestre, una constelación rebosante de nuevos conceptos de la gravitación, la inercia, el ímpetu y la materia. *A lo largo de los siglos XVIII y XIX se emplearon parecidas estrategias de ajuste para salvar otras ideas científicas heredadas en los campos de la química, la geología y la biología.* Ninguna de estas ideas cedió hasta que se inventaron nuevos paradigmas enteros para sustituirlas, a veces, al principio, con relativamente pocos datos que los apoyaran. Las mentes que se aferraban a los viejos conceptos no eran forzosamente tozudas o ignorantes; sencillamente necesitaban una idea mejor a la que agarrarse.

Las ideas maestras

Si hay un arte de pensar que enseñaríamos a los jóvenes, ese arte tiene mucho que ver con demostrar cómo la mente puede moverse a lo largo del espectro de la información, distinguiendo las generalizaciones sólidas de las corazonadas, las hipótesis de los prejuicios temerarios. Pero, para nuestros fines, quiero pasar a ocuparme del otro extremo del espectro, de ese punto en el que los datos, que cada vez son más escasos, finalmente se desvanecen del todo. ¿Qué encontramos al dar un paso más allá de ese punto y penetrar en la zona donde la falta de datos es total?

Descubrimos allí las más arriesgadas de todas las ideas. Sin embargo, puede que también sean las más ricas y fructíferas. Porque en esa zona encontramos lo que podríamos denominar las *ideas maestras*, es decir, las grandes enseñanzas morales, religiosas y metafísicas que constituyen los cimientos de la cultura. *La mayoría de las ideas que ocupan nuestro pensamiento de un momento a otro no son ideas maestras, sino generalizaciones más modestas.* Pero a partir de aquí haré hincapié en las ideas maestras porque siempre están presentes, de una forma u otra, en la base de la mente, moldeando nuestros pensamientos por debajo del nivel de la conciencia. Quiero concentrarme en ellas, porque están relacionadas de una manera especialmente reveladora con la información, que es el objeto principal que nos ocupa. *Las ideas maestras no se basan en ninguna información en absoluto.* Por consiguiente, las utilizaré para poner de relieve la diferencia radical entre ideas y datos, diferencia que el culto a la información tanto ha hecho por oscurecer.

Veamos, a modo de ejemplo, una de las ideas maestras de nuestra sociedad: *Todos los hombres son creados iguales.*

El poder de esta conocida idea no pasará desapercibido para ninguno de nosotros. Durante generaciones, ha sido motivo de controversias jurídicas y filosóficas, a la vez que en ella han encontrado su guía movimientos políticos y revoluciones. Es una idea que ha dado forma a nuestra cultura y que nos afecta íntimamente a todos; es una parte, quizás la más importante, de nuestra identidad personal.

Pero ¿de dónde salió esta idea? Obviamente, no salió de un conjunto de datos. Sus creadores no poseían más información sobre el mundo que sus antepasados, a los que sin duda habría escandalizado semejante declaración. Su información sobre el mundo era mucho menor que la que nosotros, en las postrimerías del siglo xx, podemos juzgar necesaria para apoyar una declaración tan comprensiva y universal sobre la naturaleza humana. Sin embargo, los que en el transcurso de las generaciones derramaron su sangre por defenderla (o para oponerse a ella) no obraron así basándose en ningún dato que les fuera presentado. La idea no tiene absolutamente ninguna relación con la in-

formación. Difícil sería imaginar una línea de investigación que pudiera probarla o refutarla. A decir verdad, cuando se ha intentado investigarla (como hicieron, por ejemplo, los inveterados teóricos del cociente de inteligencia), el resultado, como sus críticos nunca dejan de señalar, es una desviación irremediable del significado verdadero de la idea, que nada tiene que ver con mediciones o constataciones, con datos o cifras de ninguna clase. La idea de la igualdad humana se refiere al valor esencial de las personas a ojos de sus semejantes. En cierta coyuntura histórica, esta idea nació en la mente de unos cuantos pensadores moralmente apasionados como respuesta provocativa y compasiva a unas condiciones de crasa injusticia que ya no podían aceptarse. De unos pocos, la idea se propagó a muchos y, al hallar la misma respuesta insurgente en la multitud, pronto se convirtió en el grito de guerra de una época. Lo mismo ocurre en el caso de las ideas maestras. No nacen de datos, sino de una convicción absoluta que se enciende en el pensamiento de una persona, de unas cuantas, luego de muchas a medida que las ideas se propagan a otras vidas donde la misma experiencia se encuentra a la espera de algo que la encienda.

He aquí unas cuantas ideas más, algunas de ellas maestras, que en todos los casos, aunque de forma condensada, han sido tema de incontables variaciones en la filosofía, las creencias religiosas, la literatura y la jurisprudencia de la sociedad humana:

Jesús murió por nuestros pecados.

El Tao que puede nombrarse no es el verdadero Tao.

El hombre es un animal racional.

El hombre es una criatura caída.

El hombre es la medida de todas las cosas.

La mente es una hoja de papel en blanco.

La mente es gobernada por instintos inconscientes.

La mente es una colección de arquetipos heredados.

Dios es amor.

Dios ha muerto.

La vida es una peregrinación.

La vida es un milagro.

La vida es un absurdo sin sentido.

En el corazón de todas las culturas encontramos un núcleo de ideas como éstas, algunas antiguas, otras nuevas, algunas florecientes, otras caídas en desuso. Como las ideas que acabo de presentar en formulaciones concisas son verbales, sería fácil confundirlas con exposiciones de otros tantos hechos. Tienen la misma forma lingüística que una información como, por ejemplo, «George Washington fue el primer presidente de los Estados Unidos». Pero,

por supuesto, no son hechos, no lo son más que un cuadro de Rembrandt, una sonata de Beethoven o una danza de Martha Graham. Porque éstas también son ideas; son pautas integradoras cuyo fin es declarar el significado de cosas tal como los seres humanos las han descubierto mediante una revelación, una percepción súbita o el lento crecer de la sabiduría a lo largo de toda una vida. ¿De dónde proceden estas pautas? La imaginación las crea partiendo de la experiencia. Del mismo modo que las ideas ordenan la información, también ordenan el turbulento flujo de la experiencia que pasa a través de nosotros en el transcurso de la vida.

A esto se refiere Fritz Machlup cuando señala una diferencia notable entre «información» y «conocimiento» (Machlup utiliza aquí el vocablo «conocimiento» exactamente de la misma manera en que yo utilizo la palabra «idea», es decir, como pauta integradora). «La información –nos dice– se adquiere oyendo a otros, mientras que el conocimiento puede adquirirse pensando.»

Cualquier clase de experiencia –impresiones accidentales, observaciones, e incluso la «experiencia interior» no provocada por estímulos recibidos del entorno– puede poner en marcha procesos cognitivos que acaben cambiando el conocimiento de una persona. Así, puede adquirirse conocimiento nuevo sin que se reciba información nueva. (No hace falta decir que esta afirmación se refiere al conocimiento subjetivo; pero no hay conocimiento objetivo que antes no fuera conocimiento subjetivo de alguien.)¹

Así pues, las ideas, especialmente las maestras, ponen orden en la experiencia. Pueden hacerlo de manera profunda o superficial, noblemente o salvajemente. No todas las ideas son humanitarias; algunas, que pretenden convertirse en ideas maestras y quizás lo consigan, son peligrosas, viles, destructivas. El *Mein Kampf* de Hitler es un libro lleno de ideas tóxicas que nacieron del deseo de venganza y del resentimiento. Pese a ello, se transforman, durante un intervalo breve, en las ideas maestras de una sociedad atribulada. Ninguna persona juzgó que el libro era detestable porque, a su juicio, el autor se había equivocado en algunos de sus datos; ninguna persona que lo encontró de su agrado prestó la menor atención a la exactitud de la información que en él se daba. El atractivo del libro, ya fuera éste aceptado o rechazado, iba dirigido a un nivel distinto de la mente.

He aquí otro grupo de ideas que, al menos a mi modo de ver, son igualmente tóxicas:

La sociedad es la guerra de cada uno contra todos.

El egoísmo es la única motivación humana digna de confianza.

Hágase justicia aunque se derrumben los cielos.

El único indio bueno es el indio muerto.
Los tipos simpáticos terminan los últimos.
El fin justifica los medios.
Mi país, tenga razón o no.

Es precisamente porque algunas ideas –muchas ideas– son brutales y mortíferas por lo que necesitamos aprender a tratarlas hábilmente. Una idea nos lleva al interior de la mente de la persona, nos acompaña a través de su experiencia. Comprender una idea significa comprender las vidas de quienes la crearon y defendieron. Significa conocer sus fuentes peculiares de inspiración, sus límites, sus vulnerabilidades y sus cegueras. Lo que nuestras escuelas deben ofrecer a los jóvenes es una educación que les permita hacer esa travesía por otra mente a la luz de otras ideas, incluyendo algunas que se hayan formado por ellos mismos partiendo de su experiencia propia. El cerebro poseedor de pocas ideas tiende a ser mezquino y estrecho, poco generoso y defensivo en sus juicios. «Nada es más peligroso que una idea –dijo en cierta ocasión Emil Chartier– cuando es la única que tenemos.»

En cambio, la mente que posee muchas ideas puede hacer sus evaluaciones con más gracia. Es abierta y da la bienvenida a su experiencia propia, pero también es capaz de comparar críticamente esa experiencia con las vidas de los demás y escoger, así, sus convicciones con cuidado y cortesía.

Experiencia, memoria, percepción íntima

Uno de los principales defectos del modelo «procesador de datos» del pensamiento es que borra las distinciones sutiles que hay en la anatomía de la mente. El modelo puede hacerlo legítimamente con el fin de simplificar para fines analíticos; eso lo hacen todos los modelos científicos. Pero existe siempre el peligro –y con él han chocado muchos científicos de la informática– de que el modelo sea considerado como concreto y tomado en serio. Cuando ese error lo cometen expertos que deberían guardarse de él, de hecho puede falsificar lo que sabemos (o deberíamos saber) acerca del funcionamiento de nuestra mente.

Tenemos, por ejemplo, la interacción significativa que existe entre la experiencia, la memoria y las ideas y que es la base de todo el pensamiento. En estas páginas, utilizo la palabra *experiencia* para referirme a la corriente de la vida tal como moldea la personalidad de un momento a otro. Empleo la palabra como creo que la usaría la mayoría de los artistas; más específicamente, es la experiencia tal como se reflejaría en la técnica literaria que se denomina «corriente de la conciencia».

La experiencia en este sentido es la materia prima que la mente, en su busca de significado, utiliza para moldear ideas morales, metafísicas y religiosas. Esta definición podrá parecer imprecisa, sobre todo a las personas de inclinaciones empíricas. En la tradición empírica, «experiencia» ha pasado a equivaler a información. Son los datos sensoriales que recogemos en porciones pulcras y bien empaquetadas para poner a prueba, de un modo rigurosamente lógico, proposiciones relativas al mundo. Cuando los filósofos empíricos de los siglos XVII y XVIII definieron la experiencia así, andaban buscando una forma de conocimiento que sirviera de alternativa a afirmaciones que se quería que fueran aceptadas basándose en la autoridad, rumores, tradición, revelación o puro razonamiento introspectivo. La experiencia tenía que ser el tipo de conocimiento que era de primera mano y estaba comprobado personalmente. También tenía que ser accesible a otras personas para que éstas lo inspeccionasen por medio de su experiencia. Por ende, era conocimiento *público* y, como tal, estaba libre de ofuscación o manipulación. Según el argumento de los empíricos, éste era realmente el único tipo de conocimiento que valía la pena tener. A menos que pudiera verificarse por medio de la experiencia, probablemente todo el resto no merecía ser considerado como conocimiento.

Pero la experiencia del tipo que buscaban los empíricos es, de hecho, una variedad muy especial y sumamente artificial. Tomando como modelo la experimentación en el laboratorio o la investigación profesional y bien documentada, casi no existe en ninguna parte, excepto en el mundo de la ciencia, o, posiblemente, en forma de testimonio ante un tribunal de justicia. Normalmente no recogemos mucha experiencia de esta clase. En vez de ello, lo más frecuente es que recibamos el flujo de los acontecimientos tal como nos los presenta la vida: sin planificar, sin estructurar, fragmentarios, disonantes. La corriente turbulenta penetra en la memoria, donde adquiere la forma de cosas que se recuerdan vívidamente, que se recuerdan a medias, mezcladas, confusas, compuestas. A partir de esta mezcla de acontecimientos recordados, cultivamos de un modo u otro nuestro huerto particular de certidumbres y convicciones, nuestras reglas empíricas, nuestras predilecciones y aversiones, nuestros gustos e intuiciones y artículos de fe.

La memoria es aquí el factor clave; es el registro de la experiencia donde el flujo de la vida cotidiana se utiliza para configurar los indicadores y las pautas de conducta. Los ordenadores, según nos dicen, también tienen «memoria», en la cual almacenan información. Pero la memoria del ordenador se parece tan poco a la memoria humana como los dientes de una sierra se parecen a los de una persona; se trata de metáforas libres que abarcan más diferencias que similitudes. Y no es el menor de los defectos del culto a la información oscurecer esta distinción, hasta el extremo de sugerir que la memoria del ordenador es superior porque recuerda muchas más cosas. Eso es precisamente in-

terpretar mal lo que es la experiencia y la forma en que la misma genera ideas. Los ordenadores «recuerdan» cosas bajo la forma de entradas discretas: la entrada de cantidades, gráficos, palabras, etcétera. Cada una de estas cosas es separable, quizás designada por una única dirección o nombre, y todo ello estará sujeto a un recuerdo total. A menos que funcione mal, la máquina puede «regurgitar» todo lo que ha almacenado exactamente tal como se introdujo en ella, ya se trate de un solo número o de un documento extenso. Es lo que esperamos de ella.

La memoria humana, en cambio, es el adhesivo psíquico invisible que mantiene unida nuestra unidad de un momento a otro. Por esto es un fenómeno radicalmente distinto de la memoria del ordenador. Entre otras cosas, es fluida en vez de granular, se parece a una ola más que a una partícula. Al igual que una ola, se extiende por el cerebro, formando aquí y allá asociaciones personales singulares, que pueden ser de lo más inexplicables. No fluye sólo a través de la mente, sino también de las emociones, los sentidos, el cuerpo. Recordamos cosas de un modo que al ordenador le es imposible; en nuestros músculos y reflejos: qué hay que hacer para nadar, tocar un instrumento, usar una herramienta. Estas experiencias almacenadas se alojan debajo del nivel de conciencia y articulación, por lo que no hay manera de decirle a nadie cómo conducimos un coche o pintamos un cuadro. En realidad, nosotros mismos no lo «sabemos». En un antiguo ejemplo de sabiduría popular, la hija le pregunta a la madre cómo se las arregla para preparar un pastel de manzana tan rico. La madre, sin saber qué decir, contesta: «Primero me lavo las manos. Luego me pongo un delantal limpio. Después me meto en la cocina y preparo un buen pastel de manzana».

Asimismo, cuando tratamos con experiencia recordada, raramente existe un recuerdo total. **Las experiencias pueden estar allí, enterradas en lo hondo de nuestro cerebro y de nuestro organismo, pero en su mayor parte fuera del alcance del recuerdo.** Nuestra memoria es rigurosamente selectiva, siempre dispuesta a enfocar lo que nos importa. Recorta y comprime la experiencia, reprime y olvida, y lo hace de una manera que quizás nunca comprendemos del todo. Mientras vivimos cada uno de los momentos presentes, puede que algo situado inmediatamente delante de nosotros conecte con experiencias que evocan vívidas asociaciones sensoriales, dolores, placeres; a su vez, estas asociaciones pueden hacernos reír, entristecernos, llevarnos al borde de la náusea o de un trauma profundo. Cabe que parte de lo que hemos experimentado y almacenado en la memoria tenga origen en nuestra infancia, antes de que aprendiéramos a hablar; otra parte pueden ser fantasmas del recuerdo prenatal. Una proporción considerable procede de fantasías privadas de las que nunca hemos hablado con nadie y que apenas hemos reconocido ante nosotros mismos.

Podemos decir que recordamos lo que nos «interesa»; pero también podemos ocultar o recomponer perversamente las cosas que son demasiado amenazadoras para afrontarlas. Los recuerdos que conservamos aparecen misteriosamente seleccionados, formando pautas enigmáticas en la memoria. Hay puntos brillantes y llenos de asociaciones ricas y potentes; hay rincones oscuros que sólo aparecerán vívidamente en sueños o alucinaciones; hay zonas extrañas, caprichosas, que se deleitan en llenarse de vestigios en apariencia inútiles, caóticos: cosas que recordamos sin saber por qué, incluso cosas (letras insistentes de canciones, eslóganes publicitarios irritantes) que preferiríamos borrar si pudiéramos... pero no podemos. Si pudiésemos dibujar una anatomía completa de la memoria en toda su escurridiza variedad, tendríamos el secreto de la mismísima naturaleza humana. **La forma de la memoria es, sencillamente, la forma de nuestras vidas; es el autorretrato que pintamos utilizando todo lo que hemos experimentado.** No es el científico de la informática, sino un artista literario como Vladimir Nabokov quien puede decirnos más cosas sobre la extraña dinámica de la experiencia. Nabokov escribe:

Un transeúnte silba una tonada en el momento exacto en que te fijas en el reflejo de una rama en un charco que a su vez recuerda simultáneamente una combinación de hojas húmedas y pájaros excitados en algún jardín antiguo, y el viejo amigo, muerto hace ya mucho tiempo, de pronto surge del pasado, sonriendo y cerrando su paraguas que gotea. La escena entera dura un solo segundo radiante y el movimiento de las impresiones e imágenes es tan rápido, que no aciertas a ver las leyes exactas que acompañan a su reconocimiento, su formación y su fusión [...]. Es como un rompecabezas que se junta instantáneamente en tu cerebro, sin que éste pueda observar cómo y por qué encajan las piezas, y experimentas una sensación estremecida de magia descabellada.²

La experiencia, tal como nos la acaba de describir Nabokov, se parece más a un estofado que a un sistema de clasificación. Los ingredientes de toda una vida se mezclan y confunden para producir sabores impensados. A veces, un solo componente picante –un momento de gozo, una gran congoja, el recuerdo de un triunfo o de una derrota– se impone a todo lo demás. Andando el tiempo, este estofado se reduce a un sabroso residuo de sentimientos, impresiones generales, hábitos, expectativas. Luego, justo cuando la circunstancia es propicia –aunque, ¿quién sabe en qué consistirá?–, ese residuo borbotea y se convierte en una bien formada percepción íntima de la vida que podemos comunicar al mundo hablando, pintando, bailando o interpretando. Y esto se convierte en una *idea*, ya sea de forma articulada o como un gesto existencial inexpresado. Ciertamente, esto tiene mucho que ver con las opiniones generalizadas que existen en nuestro entorno, con las tradiciones que compartimos, con el ímpetu autobiográfico de nuestras vidas. Mas es imposible prede-

cir de qué forma se combinarán estas cosas en un cerebro y en un momento dados y cuál será su fruto. El estofado de la experiencia personal es demasiado espeso, está demasiado lleno de elementos no identificables mezclados en proporciones que no conocemos. Lo que salga de la mezcla puede ser verdaderamente asombroso. Y esto no es más que señalar lo que toda cultura nos dice sobre nosotros mismos: que somos capaces de verdadera originalidad. La historia rebosa de semejantes ejemplos maravillosos de inventiva y de conversión sorprendente. Saulo de Tarso, cegado cuando se dirige a Damasco, sale del trauma convertido en discípulo de un salvador al que nunca ha visto y a cuyos discípulos ha perseguido; Tolstoi, tras un episodio de depresión suicida, repudia sus obras maestras de la literatura y lucha por convertirse en un eremita ascético; Gandhi, expulsado del compartimiento reservado a los blancos en un tren sudafricano, renuncia a su prometedor carrera de abogado para ponerse un taparrabo y erigirse en el mahatma que dirige la cruzada de su pueblo. Esto es experiencia en marcha, configurando misteriosamente nuevas ideas sobre la vida en las profundidades del alma.

Y del mismo modo, todos nosotros, cuando somos testigos de las convicciones que aparecen en los demás, afrontamos lo que dicen y hacen con toda la fuerza de nuestra experiencia. Si dentro de nosotros hay una resonancia que confirma las convicciones ajenas, puede deberse a que nuestras vidas han coincidido en parte con las que encontramos. Pero también puede ser que el poder del encuentro en sí mismo –en un solo momento, allí y entonces– haga saltar en pedazos las convicciones de toda una vida y tengamos la sensación de empezar de nuevo, de renacer. Porque hay ejemplos de personas que han sido deshechas y vueltas a hacer por la confrontación carismática y las presiones de una crisis. Incluso es posible que estos dones de originalidad y de conversión repentina desempeñen un importantísimo papel evolutivo en el desarrollo de la cultura. Quizás esta volatilidad de la mente es lo que salva a la sociedad humana de la rigidez invariable de los demás animales sociales, las hormigas, las abejas, las bestias de manada y rebaño. Como especie estamos dotados de una maraña suprema de células electroquímicas que se ha convertido en «hacedora» de ideas. Este cerebro nuestro hace ideas y juega con ellas tan espontáneamente que poco podemos decir de ellas aparte de que están ahí, dando forma a nuestras percepciones, abriendo posibilidades. De un momento a otro, los seres humanos encuentran cosas nuevas que pensar, hacer y ser: ideas que, al parecer, brotan de la nada. Somos unos animales notablemente plásticos y adaptables y la gama de nuestra creatividad cultural parece ilimitada. Sería una gran pérdida que el culto a la información mermara estas facultades creativas al depreciar nuestra concepción de la experiencia, la memoria y la percepción íntima.

Sin embargo, hay científicos de la informática que parecen decididos a hacer precisamente lo que acabo de señalar. Creen que pueden simular nuestra

originalidad en el ordenador inventando programas que incluyan un elemento de aleatorización. (Un ejemplo de ello es el programa Logo para poesía que hemos comentado en el capítulo anterior.) Como el resultado del programa es impredecible, se le ha calificado de «creativo». Pero entre semejante aleatoriedad artificial y la verdadera originalidad hay toda la diferencia del mundo. Por otro lado, el modelo «procesador de datos» contribuye a ocultar esta distinción. En la mente humana, una idea original tiene un significado vivo; conecta con la experiencia y produce convicción. Lo que produce el ordenador es una «originalidad» cuyo nivel es más o menos el de un espasmo muscular; es impredecible, pero apenas tiene significado.

Hay, huelga decirlo, otras formas de experiencia que se nos presentan envasadas y etiquetadas más pulcramente: cosas que se aprenden maquinalmente o de memoria, al pie de la letra, instrucciones precisas, procedimientos, nombres, direcciones, hechos, cifras, indicaciones. Lo que tales experiencias dejan tras sí se parece mucho a lo que llena la memoria del ordenador: *información* en el sentido apropiado del término. Nuestro vocabulario psicológico no hace una distinción clara entre estos niveles y texturas diferentes de la memoria; tenemos sencillamente una sola palabra para el recuerdo de las cosas pasadas. *Recordamos* un número de teléfono; *recordamos* un episodio de sufrimiento traumático que cambió nuestra vida. Meter estos órdenes diferentes de experiencia debajo del epígrafe *información* no puede hacer más que contribuir a depreciar la calidad de la vida.

«El corazón tiene sus razones –nos dice Pascal–, que la razón no puede conocer.» A mi juicio, esta afirmación quiere decir que la mente humana está llena de ideas que surgen de manantiales profundos de experiencia mezclada y confusa. Sin embargo, estas ideas, por indefinidas, ambiguas y contradictorias que sean, podrán ser, para bien o para mal, la esencia de convicciones fuertes. En un debate que afecte a semejantes «razones», la información raramente es de mucha utilidad. En vez de ello, debemos probar y ensayar a la luz de nuestras convicciones propias, buscando la experiencia que haya debajo de la idea. Tenemos que hacer lo que me atrevo a decir que hace el lector mientras lee estas palabras, que son convicciones mías que presento a su consideración: el lector hace una pausa, reflexiona, intenta descubrir cuáles son mis lealtades morales y filosóficas. Mientras trata de cogerles el *tino* a las ideas que le ofrezco, mira entre sus recuerdos para ver si encuentra en ellos un eco de las experiencias en las que me inspiro. Tal vez dedique más tiempo a los matices que a los hechos. Puede que aquí y allá detecte consecuencias lejanas o supuestos ocultos que quizás querrá o no querrá sancionar. Posiblemente tendrá la sensación de que pongo en entredicho algunos de sus valores más queridos y se apresurará a defenderlos.

No hay forma de prever el resultado de esta reflexión crítica, pero una cosa debería ser obvia: nada de todo esto es «procesamiento de datos». Es un toma

y daca dialogístico entre dos mentes, cada una de las cuales echa mano de su propia experiencia. **Es el juego de las ideas, y ni toda la información que se guarda en las bases de datos del mundo servirá para decidir los problemas que discutimos el lector y yo.**

El gambito empírico

Muchas personas, cuando concentren su atención en el asunto, pensarán que la primacía de las ideas es tan obvia que quizás se preguntarán si era necesario plantearla como manzana de la discordia. ¿Cómo se las han ingeniado los científicos de la informática para subordinar las ideas a los datos de manera tan persuasiva? He aquí una intrigante pregunta histórica a la que haríamos bien en dedicar cierta atención.

Ya me he referido en el presente capítulo a la escuela empírica de la filosofía y al modo en que ha optado por reinterpretar el significado de la experiencia. Volvamos brevemente a la repercusión que el empirismo tuvo en la filosofía occidental, toda vez que desempeña un papel significativo en el culto a la información.

Hará unos cuatro siglos, en ese turbulento período de transición que va del Renacimiento a la Edad Moderna, el reino del conocimiento en el mundo occidental era una isla relativamente pequeña de certidumbre rodeada por un mar de misterio aceptado. En sus partes lejanas e insondables, ese mar se fundía con la mente de Dios, a cuyo contenido sólo era posible acercarse por medio de un acto de fe. En la isla, los principales conjuntos de pensamiento eran las escrituras, las obras de los padres de la Iglesia, un puñado de maestros griegos y romanos que sobrevivían y, posiblemente, un grupo reducido y selecto de pensadores judíos y árabes. A lo largo de varios siglos del período medieval, estas fuentes se habían desarrollado a menudo por medio de brillantes ampliaciones, hasta formar un augusto repertorio de conocimiento que, según la opinión general, daba respuesta a todas las preguntas a las que la mente humana podía esperar que se diera respuesta.

En semejante cultura, no existe una categoría denominada «información»; los hechos cuentan muy poco cuando lo que puede conocerse ya se conoce y ha sido asimilado a verdades muy conocidas. En vez de información hay confabulación: un juego constante, a veces inspirado, con ideas conocidas que se amplían, combinan, reconfiguran. A finales del siglo XVI, este estilo intelectual se estaba volviendo cada vez más incompatible con el dinamismo social y económico de la sociedad occidental. Por de pronto, se estaba produciendo un hecho sensacional: el descubrimiento de mundos nuevos, continentes y culturas enteros que ninguna de las autoridades existentes había explicado. Se

trataba de *descubrimientos*. Y si era posible efectuar descubrimientos geográficos, ¿por qué no podían descubrirse también mundos nuevos de la mente? Francis Bacon se valió justamente de esa comparación para justificar su inquieta búsqueda de una «nueva filosofía». Bacon, Descartes, Galileo y Giordano Bruno estuvieron entre los primeros en unir a la pasión expansiva de su cultura por el descubrimiento físico una osadía intelectual recíproca.

Estas mentes creadoras del siglo XVII dieron con un apasionante proyecto cultural. Su proposición era la siguiente: inventemos un tipo de indagación que posea la facultad de descubrir *cosas nuevas* sobre el mundo: sobre sus fuerzas, estructuras y fenómenos. Será una manera de pensar que equivaldrá a los grandes viajes de descubrimiento que han encontrado mundos nuevos al otro lado del mar. Decidieron que este estilo de indagación debía llevar aparejada una interrogación rigurosa y atinada de la naturaleza mediante la observación atenta y los experimentos. Debía emprenderse con espíritu de objetividad total, evitando todos los supuestos y presuposiciones. Debía limitarse a tratar de ver las cosas como son realmente. El resultado de este método nuevo será un conjunto creciente de datos sólidos, dignos de confianza, generalmente mediciones, que hasta ahora se han pasado por alto. Entonces, si un observador se dedica a reunir escrupulosamente tales datos, éstos acabarán hablando por sí mismos, formando grandes verdades de alcance tan vasto como el tamaño del universo entero.

Ahora podemos reconocer en este método (que Bacon denominó *novum organum*) el lejano principio de la visión del mundo de la ciencia moderna. A nadie puede escapársele su aportación histórica; pero tenemos también la perspectiva histórica suficiente para percatarnos de lo mal concebido que estaba el método. Al concentrarse estrechamente en los datos, dejaba sin explicar la enorme importancia de la imaginación teórica, de la hipótesis, de la especulación y de las conjeturas inspiradas, sin las cuales la ciencia no habría tenido su revolucionaria repercusión. Al echar la vista hacia atrás, podemos ver claramente que la imaginación teórica elaboraba en las mentes de Galileo, Newton, Kepler, Boyle, Hook, contornos de pensamiento que se hallaban presentes, pero que estaban demasiado cerca para verlos. Hemos aprendido que los grandes avances científicos nunca se realizan fragmentariamente, por medio de investigaciones rutinarias. **A veces, una investigación limitada, minuciosa, logra plantear dudas importantes acerca de una teoría científica; pero, como mínimo, debe tener ante ella, a modo de objetivo o línea de base, dicha teoría.** Sin alguna idea maestra que cumpla esa función, no sabríamos por dónde empezar la búsqueda de datos. La ciencia es investigación estructurada y las estructuras que guían sus progresos son ideas.

No obstante, los padres fundadores de la ciencia moderna tenían una buena razón para cometer el error de valorar con exceso los datos a expensas de las ideas. En tiempos de Galileo, las ideas dominantes sobre la naturaleza se

derivaban de unas cuantas autoridades sacrosantas: o bien de la teología cristiana o de Aristóteles. Con el fin de liberarse de esa herencia cada vez más restringida de ideas viejas y gastadas, estos cerebros osados tuvieron que poner en entredicho las *ideas mismas*. Así que recomendaron un nuevo punto de partida, un punto que parecía inocuamente neutral y, por ende, estratégicamente inofensivo a las autoridades culturales de la época: concentrarían su atención en los datos bien definidos e indiscutibles de la experiencia común —los pesos, los tamaños y las temperaturas de las cosas. Primero, los datos, insistían; luego las ideas. Y este enfoque resultó ser persuasivo. Hizo que salieran a la luz numerosísimas novedades terrestres y astronómicas que no podían explicarse adecuadamente recurriendo a Aristóteles, la Biblia, los padres de la Iglesia, quizás porque nunca se habían fijado en ellas. Si examinamos la misión de los primeros empíricos en su contexto histórico, podemos reconocer en ella un inteligente gambito filosófico cuyo propósito era derribar las barreras etnocéntricas y la autoridad eclesiástica. Y, finalmente, lo consiguió. Fomentando un escepticismo atrevido ante todas las ideas heredadas, liberó las restringidas energías intelectuales de la sociedad occidental. Su relación con el nacimiento de la ciencia moderna lo dotará siempre de una categoría especial.

El problema está en que el éxito mismo de los empíricos ha contribuido a que en nuestra cultura arraigase cierta concepción ferozmente reduccionista del conocimiento, una concepción que infravalora drásticamente el papel de la imaginación en la creación de ideas, y de éstas en la creación de conocimiento, incluso en las ciencias. En nuestro tiempo, las mentes que permanecen fieles al amor empírico a los datos han hecho suyo el ordenador como modelo del cerebro que almacena datos, barajándolos, produciendo conocimiento y haciendo estas cosas mejor, en potencia, que su original humano. Los que ven el mundo más o menos de esta manera representan uno de los polos de una discusión que ya se había entablado en tiempos de Platón, Aristóteles y Demócrito. ¿Qué es más «real»: las cosas o las ideas sobre ellas? ¿Empieza el conocimiento en los sentidos o en la mente?

No pretendo decidir aquí esta discusión. Lo único que deseo es hacer hincapié en que el modelo «procesador de datos» de la mente no es un «hallazgo» puramente objetivo de la ciencia contemporánea. Nace de un compromiso filosófico definido; representa uno de los dos bandos de un antiguo debate, que sigue desarrollándose, que sigue sin resolverse. El bando empírico de dicho debate merece respeto por la rica aportación que ha hecho a nuestra herencia filosófica. No quisiéramos prescindir de ella. Pero me ha parecido interesante, siempre que me encuentro en compañía de los que defienden una postura rigurosamente empírica, recordarles una paradoja: su punto de vista es en sí mismo una *idea*. Es una idea relativa a ideas... y relativa al conocimiento, la experiencia y la verdad. Como tal, no se basa en datos ni en información, por-

que, para empezar, es esta misma idea lo que define la información. En esencia, pues, no hay forma de evitar las ideas. Las ideas son lo que la mente utiliza para pensar, incluso cuando ataca la primacía de las ideas.

Puestos a decir, también el ordenador es una idea, del mismo modo que lo son todas las máquinas. Es una idea relativa al número, la clasificación y la relación: todo ello realizado bajo la forma de un invento físico. La proposición de que el cerebro piensa como un ordenador es una idea relativa al cerebro, una idea que muchos filósofos han abordado y debatido. Y, al igual que todas las ideas, también de ésta puede *salirse*, mirarla desde lejos y ponerla en entredicho. La mente, a diferencia de todos los ordenadores que alguien haya imaginado jamás, está dotada de la facultad de la autotrascendencia irreprimible. Es el mayor de todos los artistas de la evasión, eludiendo constantemente sus propios esfuerzos por comprenderse a sí misma. Puede formar ideas sobre sus propias ideas, incluyendo ideas sobre sí misma. Pero, al hacer eso, ya había ocupado terreno nuevo; en su siguiente esfuerzo por comprender su propia naturaleza, tendrá que extenderse todavía más. Esta incapacidad de la mente para captar su propia naturaleza es precisamente lo que impide inventar una máquina que sea igual que ella, y mucho menos su sucesora. El ordenador sólo puede ser una idea más en la imaginación de su creador. Nuestra misma capacidad de hacer chistes sobre ordenadores, de burlarnos de ellos y satirizarlos, nace de la distancia intelectual que nos separa de ellos. Si algo hay que frustre el talento del técnico, ese algo es la potencialidad sin límites fijos.

Sin ideas, sin información

Desde el punto de vista del empirismo estricto y doctrinario que perdura en el culto a la información, los datos hablan por sí mismos. Acumulados en número suficiente y adquirirán convenientemente la forma de conocimiento. Pero ¿cómo reconocemos un dato cuando lo vemos? Es de suponer que un dato no es un fruto de la mente ni una ilusión; es una partícula de verdad, pequeña y compacta. Pero, ya para reunir estas partículas, hemos de saber qué es lo que tenemos que buscar. Tiene que existir la idea de un dato.

Los empíricos tenían razón al creer que los datos y las ideas se hallan relacionados significativamente, pero invirtieron la relación. *Las ideas crean información, en vez de ocurrir al revés*. Todo dato nace de una idea; es la respuesta a una pregunta que ni siquiera podríamos hacer de no haberse inventado una idea que aislara alguna porción del mundo, la hiciera importante, concentrase nuestra atención y estimulara la investigación.

A veces, una idea se vuelve tan corriente, tan parte del consenso cultural, que desaparece de la conciencia y se convierte en un hilo invisible del tejido

del pensamiento. Entonces hacemos preguntas y las contestamos y recogemos información sin reflexionar sobre la idea que hay debajo de ella y que hace que esto sea posible. La idea se vuelve tan subliminal como la gramática que gobierna nuestro lenguaje cada vez que hablamos.

Veamos un ejemplo. La hora del día, la fecha: datos que se cuentan entre los más sencillos y menos ambiguos. Podemos acertar o equivocarnos en relación con ellos, pero sabemos que están sujetos a una decisión sencilla entre lo falso y lo verdadero. O son las dos y cuarto de la tarde o no lo son. O es el día 10 de marzo o no lo es. Esto es información en su nivel más irreductible.

Sin embargo, detrás de estos datos sencillos hay una idea inmensamente rica: la idea del tiempo como ritmo regular y cíclico del cosmos. En alguna parte del pasado lejano una mente humana inventó este concepto, partiendo tal vez de alguna contemplación rapsódica o poética del universo y su desconcertante congestión. Esa mente decidió que el transcurrir aparentemente amorfo del tiempo puede ordenarse en círculos, que éstos pueden dividirse en intervalos iguales, que a su vez pueden contarse. De esta percepción íntima, que la imaginación impone al flujo de la experiencia, deducimos el reloj y el calendario, los minutos, los días, los meses, las estaciones, cosas que podemos tratar como datos sencillos.

La mayoría de nuestras ideas maestras acerca de la naturaleza y de la naturaleza humana, la lógica y el valor acaban haciéndose tan subliminales que raramente nos paramos a reflexionar que se trata de inventos humanos, de artefactos de la mente. Los tomamos como cosas naturales, como cosas que forman parte de la herencia cultural. Vivimos de la parte superior de estas ideas, cosechando datos de su superficie. De modo parecido, los datos históricos existen como los afloramientos de percepciones interpretativas o míticas enterradas que dan sentido y orden a la confusa memoria popular del pasado. Cogemos un libro de consulta o conectamos con una base de datos y pedimos alguna información sencilla. ¿Cuándo se firmó la Declaración de Independencia y quiénes la firmaron? Datos. Pero detrás de estos datos hay un importante paradigma cultural. Nosotros datamos el pasado (no todas las sociedades lo hacen) porque heredamos una visión judeocristiana del mundo que nos dice que éste fue creado en el tiempo y que va hacia alguna parte en el proceso de la historia. Conmemoramos los nombres de las personas que «hicieron historia» porque (siguiendo otras líneas) heredamos una visión de la vida que es dinámica, centrada en la humanidad, una visión de la vida que nos convence de que los esfuerzos de las personas son importantes, y esto nos empuja a creer que los actos humanos pueden realizar acciones que valen la pena.

Cuando pedimos esta clase de datos sencillos de información histórica, todo esto se encuentra detrás de los datos que recibimos a modo de respuesta. Hacemos y contestamos las preguntas dentro de ideas comprensivas de la his-

toria que nos son tan familiares como el aire que respiramos. Pero, a pesar de ello, son creaciones humanas, cada una de ellas susceptible de ser puesta en entredicho, dudada, alterada. Los grandes momentos críticos de la cultura se presentan justamente en ese punto: allí donde una idea nueva se alza contra una idea vieja y hay que emitir un juicio.

¿Qué sucede, pues, cuando borramos la distinción entre las ideas y la información y enseñamos a los niños que el procesamiento de esta última constituye la base del pensamiento? ¿O cuando nos ponemos a construir una «economía de la información» que cada vez gasta más recursos en acumular y procesar datos? Entre otras cosas, enterramos aún más hondo las subestructuras de ideas sobre las que se alza la información, alejándolas todavía más de la reflexión crítica. Por ejemplo, empezamos a prestar más atención a los «indicadores económicos» —que son siempre números útiles y de aspecto sencillo— que a los supuestos relativos al trabajo, la riqueza y el bienestar que subyacen en la política económica. A decir verdad, nuestra ciencia económica ortodoxa está inundada de datos estadísticos que sirven principalmente para ofuscar cuestiones básicas de valor, propósito y justicia. ¿Qué ha aportado el ordenador a esta situación? Ha elevado el nivel de la inundación, vertiendo información engañosa y que distrae la atención desde todos los organismos gubernamentales y consejos de administración de las sociedades anónimas. Pero, lo que es aún más irónico, a la larga la concentración casi exclusiva en la información que el ordenador fomenta surtirá el efecto de excluir las ideas nuevas, que son la fuente intelectual generadora de datos.

A la larga, no habrá ideas; no habrá información.